

UNA CARTA ⁽¹⁾

París 24 de Octubre 1898.

Mi querido Fray Mocho: Recibí ayer, junto con mi correspondencia de ahí, su libro *En el Mar Austral*, ó sea *croquis Fueguinos*.

Trae esta dedicatoria: «Sr. General: Con el debido respeto me permito enviarle mi último libro, escrito por su orden y deseo expreso. Yo quería escribir una cosa y me ha salido otra. Discúlpeme, pues si no he escrito un Robinson no es porque no haya querido, sino porque no he tenido dedos para organista. Yo quería contestar su carta generosa sobre «El pays (así escribe usted) de los Matreros» con los originales de este libro, pero cuando usted estuvo aquí yo andaba ausente y lo sentí muchísimo.

«Como siempre, lo respeta y aprecia su discípulo, que tal vez no llegará jamás á las Tolderias de los Ranqueles ni al Cielo, como es su anhelo.—José S. Alvarez.—Septiembre 12/98. S/c. Córdoba 2.589.»

Hasta aquí usted.

Ahora me toca á mí.

¡Válgame Dios! Hasta en medio de la más triste de mis tristezas me persigue usted, moviéndolo dos fuerzas: su afición invencible á las excursiones ó correrías lejanas por regiones más ó menos interesantes ó ignotas, y su *anhelo* de imitarme.

No sé cuál de las dos cosas le será á usted menos provechosa. Probablemente resultará que cuando ya sea tarde

(1) Sentimos íntima satisfacción al publicar esta carta, galanamente escrita por el ilustre General argentino D. Lucio V. Mansilla, tan amante de nuestro país.—(N. de la R.)

recién caerá usted en cuenta de que ha perdido el tiempo. Pero quedará una vez más probado lo que tantas veces he repetido: que nacemos originales y morimos copias.

Respecto de que usted ha escrito esto último «por mi orden», no hago memoria. Así será. Puede ser que haya manifestado tal deseo.

Y en cuanto á que tal vez no llegue usted jamás á las Tolderias de los Ranqueles ni al cielo, tenga usted por seguro que á las *tolderias* no llegará, desde que ya no existen, ó ¿ha olvidado usted que el General Roca las hizo humo, persiguiendo la obra grandiosa de acabar una vez por todas con la barbarie pampeana?

Lo de alcanzar el cielo es más posible. Para ello necesita usted creer en que el cielo existe, emprender en hora oportuna el viaje á Canossa (éste es siempre provechoso) y arrepentirse antes de *espichar* de todas sus culpas y pecados (entre los que figurarán su afición á las bellas letras y á contar sus aventuras).

Si tales preceptos observa usted—por más que difícilillo me parezca,—no pierdo la esperanza de verme con usted allá por las alturas del Eliseo empírico. Por este Eliseo no lleva usted trazas de aparecérseme. No se afane mucho en ello; la tierra nativa es mejor y más hospitalaria siempre que las otras. Á lo que se agrega que no es tan necesario ver para conocer, cuando la imaginación es fuertemente evocadora. Por acercarse mucho á un objeto no se le ve mejor. Hasta para probar la intensidad y el vigor de ciertos sentimientos—lea usted los del amor ó los de la amistad,—un poco de tiempo y de distancia suelen ser convenientes. Yo he experimentado algo más que emociones—sensaciones telepáticas,—fenómenos que no conocía cuando ponía en contacto dos cuerpos electrizados en el mismo sentido.

Sea de todo lo dicho hasta aquí lo que se sea, y antes de proseguir, tengo que darle á usted las gracias por la remisión de su libro; es un envío que, por el afecto que al autor le profeso, me saca un poco, un rato, departiendo con usted, de cierto marasmo moral y material mortificante.

No crea usted, sin embargo, que me propongo navegar *En el Mar Austral*, leyéndolo. ¡Oh, no!

¿Por qué?

¿Desdén?

No, no, no.

Si mal no recuerdo, cuando le conocí á usted de *visu*, cuando le vi bien fué en la tertulia de nuestro común amigo el General Capdevila, tertulia que era un cenáculo interesantísimo de personas ó personajes, los más inopinados; algo así como gentes venidas de todos los vientos de la fortuna.

Allí supe que era usted natural de la clásica provincia que mi finado padre constituyó, que vió nacer al Libertador, es decir, que era usted paisano del indio Tacuabé y del General Urquiza.

Allí supe también que lo que estaba dentro de su pellejo morocho era *Fray Mocho*, pseudónimo de un plumista encarnizado que más de una vez había cuasi admirado por su naturalidad ó decir espontáneo; en una palabra, un *criollo* genial.

Fray Mocho. ¿Por qué se llamará así? (este señor D. José S. Álvarez, tan bien quisto al parecer con todos), *pensé*.

Mas no pregunté.

Y, observándolo, me dije: ¿habrá sido fraile?

No, volví á pensar, y pensando y pensando, arribé á la siguiente conclusión: debe de ser un apodo que le han puesto y que él ha aceptado y adoptado.

Pero ¿per qué arribé á esa conclusión?

Porque me hizo usted el efecto de un hombre sencillo, llano, ingenuo, sin hiel, honesto, con buen estómago, sin llegar á pantagruélico.

En el Río 4.º, siendo jefe de fronteras, cuando necesitaba descansar me iba al Convento de San Francisco, y allí me pasaba horas y horas platicando con los religiosos de todo lo humano. El General Roca, que me reemplazó, hacía lo mismo, lo cual no implicaba, como se ha visto, vocación. El no acabará sus días como el General *Bedeau*, cuyo nombre llevaba, como un jeroglífico, la cifra misteriosa de su

destino final: la reclusión. ¡Si fuera un solitario! Pero tiene deberes impuestos por su delicioso hogar.

A poco andar de aquel encuentro, en el que, lo repetiré resumiéndome, me hizo usted el efecto de un sujeto simpático, con caracteres predominantemente veraces, estalló usted, no como plumista cotidiano, sino como escritor con ínfulas de autor galano.

Y lo leí... y me gustó y no sé si algo me enseñó; probablemente sí.

Después me encajó usted *El Viaje al Pays* (conservo su ortografía) *de los matreros*, que pareció real, observado, *vivido*, verdad.

Y le escribí á usted algo que no podía ni debía llevar sino el sello amable del estímulo.

Estamos en el día que reza el Almanaque 24 de Octubre; según el ruso 12, ó sea el Santo de los Mártires, y aquí me tiene usted pasmado ante su nueva, elegante é ilustrada producción.

Y digo pasmado porque resulta que, como Pierre Lotti— aunque no sea usted académico,—es usted también dibujante, autor, como él, de *croquis* tomados al natural. Es un colmo de aptitudes. Me llama usted su maestro, es decir, se denomina usted mi «discípulo». Pues yo le digo, en verdad, que eso es sacarme la oreja, algo más, dejarme atrás todo un cuerpo de caballo. ¡Bravo! No tengo ciertas envidias.

Esto no obstante, vuelvo á decirle: *no lo leeré*.

¿Por qué?

Porque sé de antemano que este su nuevo producto intelectual, fruto genuino de observador y excursionista, ha de tener un defecto capital: ha de ser verdad.

Y qué quiere usted, me duele verlo, como diría Larra, empuñado en vivir de esos medios que no dan de vivir, en un país en el que la tierra, sembrando aunque más no sea que á la birlonga, á la de Dios que es grande, puede producirle á cualquier prójimo tanto ó más que el oficio ú ocupación de politicastro.

¡Si su libro fuera mentira! Eso sería ya harina de otro costal, y puede ser que me resolviera á atacarlo para ver

hasta dónde alcanza la inventiva fecunda de un enterreriano.

Me pide usted que le disculpe por no haber escrito un Robinson; y dice que su intención fué otra, pero que no teniendo dedos para organista, le ha «salido otra cosa». Jaca, como dicen en Córdoba.

¡Pues no faltaba más! Disculparlo. No tal, señor discípulo.

¿Por qué tanta severidad?

Porque más le valiera á usted haber hecho lo que un cierto Rougemont, autor de un «*Nuevo Robinson*», CRUSOE II como lo llaman los diarios y revistas ingleses.

El tal Rougemont dió conferencias públicas, llamó y cautivó la atención de todos los sabios ingleses. Había vivido entre los *canibales* de la Australasia. Los primeros antropólogos y folkloristas del Reino Unido tuvieron entrevistas con él.

Bien, pues acaba de descubrirse que el tal Rougemont es un suizo llamado Grin, original de Iverdon, hombre de vida agitada, que ha ensayado todas las artes y oficios, que ha vivido muchos años en Australia, en Sidney; pero que nunca, jamás estuvo con antropófagos, ni siquiera les vió la cara.

El héroe de ayer es colmado de injurias hoy por toda la prensa londonense; ha tenido que huir... No es un criminal justiciable ante ningún estrado jurídico, excepto el de la opinión de los sabios chasqueada.

Pero su editor continúa vendiendo y vendiendo el pseudo CRUSOE II, digamos.

Ya tiene vendidos 500.000 ejemplares de la revista donde aparecen las *Extraordinarias aventuras del nuevo Robinson*.

Amigo mío, hay que tener dedos de organista para tocar el órgano, ó si no contentarse con *vegetar*.

La mentira da la vuelta al mundo con más facilidad que la verdad. Maquiavelo ha escrito: *Chi voglia inganare trovera sempre chi si lascia inganare*.

Jamás, estará usted diciendo en su interior.

Y yo desde lejos le aplaudo. Siga entonces, persevere, escriba y escriba, ande y ande, vea y vea, observe y observe.

A fuerza de preconizar usted la verdad, sólo la verdad, acabará usted por ser creído: *veritas vincet*.

Quizá en la vida no le crean. No importa. No llegará usted por la pluma á conquistar el vellocino de oro. Pero después de sus días, muerto, cuando su alma se vaya elevando, ya oirá usted el coro de alabanzas.

Los hombres no son tan perversos, ni tan envidiosos, ni tan palurdos que no acaben por hacer justicia á sus semejantes.

Es la gran hora de la revisión: la muerte. El proceso es lento; el veredicto seguro.

¿Tiene usted hijos? ¡Qué satisfacción para ellos!

Se muere usted antes que yo, y ya verá qué discurso.

Afectos íntimos.

LUCIO V. MANSILLA.